

Lernen aus der Geschichte e.V.

<http://www.lernen-aus-der-geschichte.de>

**Der folgende Text ist auf dem Webportal
<http://www.lernen-aus-der-geschichte.de> veröffentlicht.**

Das mehrsprachige Webportal publiziert fortlaufend Informationen zur historisch-politischen Bildung in Schulen, Gedenkstätten und anderen Einrichtungen zur Geschichte des 20. Jahrhunderts. Schwerpunkte bilden der Nationalsozialismus, der Zweite Weltkrieg sowie die Folgegeschichte in den Ländern Europas bis zu den politischen Umbrüchen 1989.

Dabei nimmt es Bildungsangebote in den Fokus, die einen Gegenwartsbezug der Geschichte herausstellen und bietet einen Erfahrungsaustausch über historisch-politische Bildung in Europa an.

Entrevista con el agricultor Karl Hintermeier, Gersthofen, 22 de abril de 2001

¿Qué sabe usted sobre los campos de trabajadores forzados en las fábricas IG Farben y Transehe?

"Corrían muchos rumores, pero no había información certera. Sabíamos que había trabajadores forzados internados allí. A los jóvenes nos sorprendía que hubiera tantos bombardeos contra Gersthofen y Augsburgo, pero que nunca se atacara la empresa Lechchemie. Nos llamaba la atención; muchos de los ataques eran durante el día. Cuando íbamos a la escuela sentíamos la guerra en nuestra vida cotidiana. En aquella época, iba a la escuela Pestalozzi, pero cuando llegaban cada vez más prisioneros de guerra, nos hacían desalojar las aulas, y nos daban clase en el bar de Hillenbrand en la calle Bauernstrasse o en la cervecería Strasser. Los prisioneros de guerra eran vigilados; vivían en el primer piso de la cervecería Strasser y en la pensión Hillenbrand. También la fábrica de máquinas Lindermeyer tenía prisioneros de guerra como la compañía Lechchemie y la Lechwerke. En tiempos de cosecha, cuando no alcanzaba la mano de obra porque casi todos los hombres estaban en el frente, los trabajadores forzados también tenían que ayudar en el campo. Entre 1940 y 1945, muchos agricultores tenían trabajadores forzados en sus establecimientos rurales. Algunos eran prisioneros de guerra que eran controlados periódicamente por la Wehrmacht o la policía. Cuando llegaban, daban vuelta todo. El último trabajador rural que tuvimos en nuestro establecimiento era un ruso, de nombre Gregor, un gigante, muy sensible. Cuando llegó la policía para controlar su pieza, encontró un cuchillo bastante grande, y fue arrestado. Pero mi madre logró sacarlo y a los pocos días, estaba trabajando con nosotros. Pero tuvimos que firmar un montón de escritos para dejar sentado que lo recibíamos bajo nuestra entera responsabilidad. Durante un bombardeo aéreo, Gregor se refugió en el sótano. Ese día una bomba cayó sobre nuestra casa. Tuvimos que sacarlo con mucho esfuerzo porque la mitad de nuestras máquinas se le cayó encima. Tras el fin de la guerra, Gregor siguió viviendo unos dos meses con nosotros, lo que prueba que teníamos una buena relación. A veces nos ayudaba en el trabajo, aunque tras su liberación no tenía por qué hacerlo. Solía tomar mucho alcohol con un compañero ruso; un día la policía nos avisó que lo habían encontrado muerto en Oberhausen – se había emborrachado hasta caerse muerto. Era un tipo joven, de 25 años. El primer prisionero de guerra que tuvimos en el campo era inglés. De profesión era piloto y no entendía nada de agricultura. Le mostramos qué hacer pero no era demasiado útil. Un día lo mandamos a cortar forraje para los caballos. Partió en bicicleta, con la guadaña en la espalda. A la hora, ni rastros de él. Al ver que no había vuelto ni siquiera a las diez

de la noche, le avisamos a la policía. No se imaginan los reproches que nos hicieron por no haberlo vigilado bien. En resumen, a la semana lo interceptaron en las proximidades del lago Bodensee, en bicicleta y con la guadaña colgando de la espalda. Un buen camuflaje. No sabemos qué fue de él. Seguro que lo castigaron con mucho rigor. Los guardianes solían ser muy rudos con los prisioneros. Recuerdo que en una oportunidad, había unos 40 a 50 rusos, muy jóvenes, alojados en la sala de baile. Los vigilaban soldados mayores, que ya no podían servir en el frente. El pan para los rusos se guardaba en nuestro sótano. Un día descubrieron que uno de los muchachos rusos se robaba un pan. No me pida que le cuente cómo lo trataron. Fue un escándalo. El trato que le daban a los trabajadores forzados o los prisioneros de guerra dependía del arbitrio de los guardias.

Una vez teníamos a un ruso viviendo en casa. Estaba delgadísimo y fumaba sin parar cualquier cosa que pudiera hacer humo: papel, paja, lo que fuere. Nunca vi a nadie que devorara tales cantidades, y a pesar de ello estaba casi raquítico.

En otra oportunidad, teníamos a un francés en el campo. Había una gran fluctuación entre los trabajadores forzados. No sé cuáles eran los criterios para determinar su destino. La cuestión es que ese francés trabajaba muy bien, con mucho empeño, y era muy apreciado. Ocurría con casi todos los franceses que trabajaban en nuestra localidad. Tenían un encanto especial. Cuando se tuvo que ir, las mujeres lo lamentaron mucho.

También nuestros vecinos tenían muchos cambios. A veces venía un francés, otro un ucraniano, después toda una familia con una hija de 22 años, bellísima y bien educada. Hablaba varios idiomas. Naturalmente, uno no podía acercársele, había penas muy duras.

También recuerdo que en Thosti había un asentamiento vigilado, una barraca muy larga donde se alojaban mujeres rusas. Cantaban corales bellísimos, inolvidables. Nunca se las veía en la ciudad, estaban internadas. Probablemente trabajaran en Thosti mismo o que las llevaran todas las mañanas a su puesto de trabajo. Así se procedía con los prisioneros de guerra, todas las mañanas los distribuían por los distintos puestos de trabajo. Hans Spanner, p. ej., el de la calle Donauwörtherstrasse en la esquina con Bauernstrasse, tenía dos polacos en su comercio de madera y carbón. Los polacos eran los únicos que causaban temor tras la ocupación por los norteamericanos. Iban por el pueblo causando alboroto y hacían bajar a las mujeres y a los hombres de las bicicletas. Por lo demás, no tengo noticias de que se maltratara a los trabajadores forzados o a los extranjeros. Y no sé prácticamente nada sobre los campos en Lechchemie y Transehe.

En los establecimientos rurales, durante la guerra no sólo se alojaban a trabajadores forzados y prisioneros de guerra, sino también a oficiales. En nuestro campo alojamos a oficiales de la Fuerza Aérea. También a ellos venían a controlarlos cada tanto oficiales superiores para ver si mantenían limpias la cama y el cuarto. Poco antes del fin de la guerra, hubo una requisita de la Wehrmacht y tuvimos que entregar vehículos de tracción, caballos y coches. Los trabajadores forzados que se quedaron aquí fueron enterrados al lado del muro del cementerio. Hace algunos años levantaron las sepulturas.

En aquella época, venían integrantes del Partido a los establecimientos rurales y les decían a los patronos que tenían trabajadores forzados que no se olvidaran de que los prisioneros de guerra alemanes eran maltratados en Rusia, y que por eso no había que tratar demasiado bien a los trabajadores del este."